

mansedumbre nos ha perdido á entrambos! Si tú hubieras sido ménos bueno, ménos amable, no hubiera quedado sola esta tu triste y afligida madre, ni se hallara con el inexplicable dolor de tenerte muerto en sus brazos á la violencia de la ingratitud y de la crueldad de tus vasallos. Tu demasiada bondad, hijo mio, ha sido tu delito, y tu virtuosa conducta ha armado el brazo y afilado los puñales que han destrozado tu cuerpo y traspasado mi corazon.

Ya tenéis en este caso, carísimos oyentes, alguna semejanza de lo que pasó sobre el Calvario. Mirád, si no lo impiden las lágrimas, cómo descendiendo de la cruz el difunto cuerpo de Jesus los piadosos caballeros José de Arimatea y Nicodémus, acompañados de san Juan, la Magdalena y las otras Marías, lo colocan así denegrado, lleno de sangre, cubierto de heridas y de llagas entre los brazos de su dulcísima Madre. *Quis est homo qui non flet Christi matrem, si videret in tanto supplicio?* ¿Quién será el hombre de tan duras y empedernidas entrañas, á quien no conmueva ni enternezca este espectáculo tan doloroso para los ángeles mismos? ¿Quién podrá dignamente explicar los arroyos de lágrimas, que se desprenderían de los virginales ojos de María, los profundos suspiros que arrancaría de su afligido corazon, y los tiernos sentimientos en que prorumpiría? *Heu me, fili mi! nimia bonitas tua, nimia mansuetudo et humanitas, te simul, et nos perdidit!* Ay de mí, diria la Virgen! ¡ay amado Hijo mio, tu mansedumbre, tu beneficencia, tu bondad y caridad sin límites te han conducido á la muerte! Ó ingratos hombres! ó pérfidos hebreos! ó tristes pecadores! Mostrád en qué os ha ofendido mi Hijo amado: decid, ¿en qué podréis acusarle para justificar vuestra crueldad? ¿en qué os ha ofendido, para haberos armado contra Dios y su Cristo? ¿No habéis confesado públicamente vosotros mismos que todo lo ha hecho bien? ¿Serán sus delitos curar á vuestros enfermos, dar vista á vuestros ciegos, lengua á vuestros mudos, oído á vuestros sordos y vida á vuestros muertos, imprimiendo en todas partes adorables señales de su beneficencia y bondad? ¿Y esta es la retribucion que le dais por tantos beneficios? así pagáis tantos favores? ¿Tal es la recompensa á vuestro Padre amorosísimo y á vuestro magnífico bienhechor? Si hubiera sido un perseguidor cruel de vuestros intereses, un díscolo enemigo de vuestra paz, un defraudador de vuestros derechos y

libertades, un asesino de vuestras vidas; ¿podria pretender vuestro resentimiento mayor castigo por sus delitos que el que le habéis dado por sus virtudes? ¡Ó Padre eterno, mirád á la que por vuestra dignacion llamáis amada hija, mirádla en el extremo de la mayor afliccion á que puede reducirse una criatura! Yo no tengo ya espíritu ni corazon para mirar en mis brazos los sangrientos despojos que ha dejado en ellos la crueldad de los judíos. Mirád al Hijo que os pertenece por derecho de eterna generacion, y ved si le conocéis por el vestido: *Vide utrum tunica filii tui sit, an non* (1). Mirád si tantas llagas y sangre, como se ven en este sacrosanto cuerpo, son idénticas señales de la túnica hermosa de la humanidad, de que yo le vestí en mi seno virginal por vuestra soberana dignacion. Vos, Señor, no podréis dejar de conocerle por vuestra sabiduría infinita; pero á mí las señas me le hacen desconocer, aunque el corazon me lo asegura. ¿Desnudo mi Hijo amado, que viste al cielo de estrellas, á la tierra de flores y frutos, á las aves de plumas, á los animales de pieles y á los peces de escamas? Vos Hijo mio, erais ántes todo hermoso y todo deseable, ¿y ahora vestido de afrentas, cubierto de oprobios y hecho una llaga desde los piés á la cabeza? Ó Hijo mio! ¡y qué de otra manera te he visto en mis brazos! diria la Virgen, dejando caer dos rios de lágrimas de sus ojos, é imprimiendo mil ósculos afectuosos en el rostro y cabeza ensangrentados del Salvador. Allá en Belen te miraba recién nacido de mis entrañas, mas hermoso que los cielos, y ahora te miro todo oscurecido y afeado: entónces eran tus dos ojos fuentes de luz, ahora los veo fuentes de sangre: esta frente clara y serena, donde tenia su asiento la majestad, se halla atravesada de penetrantes espinas: este rostro lleno de gracia, en que reverberaba la divinidad, en que se miraban como en un purísimo espejo los ángeles, y en que contemplaban abrasados de amor los serafines, es ahora como un sol eclipsado y oscurecido entre las negras sombras de la muerte. ¡Es posible, continuaba lamentándose la Virgen, es posible que estas manos tan heridas y sangrientas sean aquellas mismas manos del Omnipotente, de las cuales son hechura los ángeles y los hombres! ¡Es dable que este costado, abierto con una cruel lanza, sea el de mi Hijo! ¡Que haya habido va-

(1) *Gen. c. 37. v. 32.*

lor en los corazones humanos para ejecutar en el deificado cuerpo de Jesus tantas crueldades! Ay Hijo mio! si el amor de mi corazon no me asegurara que sois vos, podria por las señas desconocerlos. ¿Qué se hizo aquella belleza antigua y siempre nueva? ¿aquel esplendor, aquella gracia, aquella dulzura de palabras, aquella hermosura que admiraban los cielos y la tierra, y elevadas en éxtasis de gozo nunca podian alabar condignamente las estrellas de la mañana? *Fera pessima devoravit filium meum*. La horrible y pésima fiera del pecado ha hecho este estrago en mi Hijo inocentísimo, que no pudo por su impetibilidad cometerlo, y murió por arruinarlo. ¡Ó feliz culpa que mereció tener tal y tan gran Redentor! Así podemos considerar que se lamentaria la Virgen, y abrazándose afectuosísimamente con el venerable cadáver de su amado Hijo, se quedaria muriendo de dolor, porque efectivamente no moria.

Ahora pues, pecadores de mi alma, si hay alguno en mi auditorio que no piense en dejar las culpas, sino en repetir las de nuevo, y volver con sus reincidencias á crucificar á Jesucristo, cobre aliento, y lleno de un bárbaro y sacrilego furor abaláncese á la Virgen, arránquele su Hijo de entre sus brazos, y vuélvale á fijar sobre la cruz. Divida aquellos dos unidos corazones, separe aquellos enlazados brazos, aparte aquellos dos cercanos rostros, y deje sola á la Madre sin el cuerpo de su Hijo, pues si en la cruz quedó sin su alma por nuestro amor, tambien ahora por nosotros quedará sin el cuerpo, por mas abrazado y unido que á si lo tenga. Jóvenes libertinos, que dominados de vuestras pasiones queréis ántes negar la ley que mudar el corazon, llegád vosotros los primeros, pues no seréis los últimos en continuar vuestros desórdenes. Llegád, hombres carnales é impuros, y si tenéis valor para ofender á la Madre como injuriáis al Hijo, arrancádle de sus brazos y volvédle á crucificar. Acompañádlos vosotros, hombres envidiosos y vengativos, que consumiéndolos las entrañas al ver la felicidad de vuestros rivales, les vais urdiendo la tela de su ruína fraudulenta y mañosamente, hasta que preparados todos los resortes de vuestra venganza, les deis un golpe mortal, paliando, como Caifas, vuestra maldad con el especioso pretexto del bien público. Seguídlos vosotros tambien, hombres ambiciosos, que atropellando los mejores derechos de los concurrentes á los empleos, solo tratáis de elevar vuestra fortuna á cualquiera

costa, y fomentar á vuestros parientes, paisanos y recomendados por cualesquiera medios, aunque sean los ménos conformes á la equidad, á la justicia, á la razon y á la divina ley. Llegád, bebedores, llegád soberbios, iracundos y murmuradores, y acompañados de esas infelices pecadoras, que á pesar de la natural piedad de su tierno corazon, proseguirán en las ofensas del Señor, hacéd lo que no hicieron los hebreos: ellos, despues de crucificado el Salvador, se bajaron del Calvario, asombrados, confusos y dándose golpes en el pecho; y vosotros despues de haberle visto con los ojos de la fe, como le descendieron de la cruz y le pusieron en los brazos de su santísima Madre, ni os llenáis de confusion por vuestras culpas, ni aborrecéis vuestros pecados, y excediendo en insensibilidad á los mismos peñascos, todavia os halláis con ánimo de arrancar el cadáver de Jesucristo de los brazos de su madre, y volverlo á crucificar por la repetición lastimosa de vuestras culpas: *Rursum crucifigentes sibimetipsis filium Dei*, como nos lo asegura san Pablo (1). ¡Con tan resuelto furor y formidable crueldad os halláis, ó miserables pecadores! Sí, ciertamente: tan atrevidos volveréis á pecar: tan olvidados de los grandes, de los innumerables, de los infinitos beneficios que acabáis de recibir del Hijo y de la Madre; tan temerarios reincidiréis en vuestros vicios, sin reflexionar que Dios tiene puesto número y tasa á los auxilios que os ha de dar, á los dias que habéis de vivir, y á los pecados que habéis de cometer, y el primero podrá ser el último; el primero podrá completar los terribles y ocultos juicios del Señor; el primero podrá poner el sello á vuestra eterna reprobacion. Qué temeridad, amados pecadores de mi alma! ¡qué ingratitud para con un Dios tan bueno y una madre tan amable! Entrád en vosotros mismos, reflexionád estas verdades tan útiles para vosotros, y resolvéos á dejar el vicio y practicar la virtud; resolvéos á separaros de las malas compañías, á huir de las ocasiones peligrosas, á poner en arreglo vuestra conciencia y los temporales asuntos de vuestras casas, á buscar un confesor sabio y virtuoso, á frecuentar segun su direccion los sacramentos, á dedicaros á la oracion, á mortificar las pasiones y cumplir con las obligaciones de vuestra oficina, de vuestro tribunal, de vuestro taller y vuestros campos; amando á vuestras mujeres,

(1) *Hebr. c. 6. v. 6.*

doctrinando en santo temor de Dios á vuestros hijos, y procurando como buenos ciudadanos el bien de vuestro pueblo. Si de este modo arregláis vuestras costumbres, Dios perdonará vuestros pecados, se olvidará de vuestras iniquidades y os colmará de sus grandes misericordias. Pero ay, ay de vosotros, si dejáis pasar este tiempo aceptable y de salud! Ay, si sordos á estas amorosas voces que os da vuestra santa Religion por medio de este su indigno ministro, continuáis en vuestros desórdenes! Porque si Dios ahora calla, ahora sufre, ahora permite que le insulten, que le atropellen, que le ultrajen y le ofendan, tiempo vendrá y bien presto, en que mandará que comparezáis en su rectísimo tribunal para darle cuenta de vuestra conducta. Entónces, qué será? cómo lo pasaréis entónces, amados pecadores? quién os favorecerá? quién os dará seguridad? Pensádo bien; pensádo ahora bien, si no queréis perecer por toda la eternidad. Y vosotras, almas virtuosas, almas justificadas, que habiendo lavado con lágrimas vuestras culpas en el tribunal de la santa penitencia, os halláis en gracia y amistad de Dios, venid, venid conmigo, y ofrezcamos todos á la Virgen algun obsequio. Ofrezcámosle los brazos para sostener alguna parte del peso, que la Virgen experimenta con el difunto cuerpo de su Hijo amado; ofrezcámosle las lágrimas de nuestros ojos, para lavarle las heridas y la sangre; ofrezcámosle las telas de nuestro corazon para envolverle y depositarle en un sepulcro nuevo. Venid conmigo, y aunque la dejemos sola, supliquémosla que nos conceda el venerable cadáver, para darle sepultura en compañía de Josef de Arimatea, Nicodémus, san Juan y las Marías.

TERCERO.

Efectivamente, amados míos, la divina Sabiduría habia ordenado que así como Jonas estuvo tres días en el vientre de la ballena, de la misma suerte el Hijo del hombre habia de estar en el corazon de la tierra; y como la Reina soberana no ignoraba esta profecía, consintió entregar el cuerpo de su Hijo, para que le diesen sepultura. Atendéd cómo caminan los dos piadosos caballeros Josef y Nicodémus llevando en unos lienzos el lastimado cuerpo del Salvador: eran seguidos del discípulo amado, de la discípula amante y de las otras Marías, pa-

rientas muy cercanas de Jesus: iba cerrando la mas lúgubre procesion que vieron jamas los siglos, la afligidísima Madre, vertiendo arroyos de lágrimas de sus ojos, y arrancando del corazon los mas profundos suspiros. Los ángeles del cielo no dejarían de acompañar el triste entierro, mostrando la interior amargura de su espíritu, á pesar de su misma impasibilidad (1). Todos caminarian con paso grave, con porte recogido, con semblante triste y con el mayor silencio, interrumpido solamente con los lamentos de aquella afligidísima comitiva. Los planetas mirarian desde el cielo con susto y veneracion la escena trágica; los árboles y peñascos darian señas de sentimiento, y los elementos callarian, no habiendo aún podido recobrar la voz desde que la perdieron por el horror y escándalo del deicidio. Así caminarian hasta el monumento; y si damos á san Bernardo la fe que se merece, estando ya los nobles varones para dejar caer la piedra que cerraba el sepulcro, y robar de los ojos de la Virgen los despojos sangrientos de su Hijo, les rogó con muchas lágrimas que descubriesen un poco por la última vez el rostro de Jesus, pues queria darle el último de sus abrazos y maternales ósculos. Condescendieron á su piadoso deseo, y levantando el sudario ó lienzo que lo cubria, se arrojó amorosa sobre aquel rostro repitiendo el cambio de lágrimas por sangre, lavando el rostro de su Hijo con las avenidas de sus ojos, y señalándose el rostro de la Madre con la sangre de las heridas del Hijo. ¡Qué lágrimas tan devotas derramarían los piadosos varones, el evangelista amado, María Magdalena y las otras devotas mujeres, mirando á la Virgen madre, abrazada cariñosamente con el dulce Nazareno, acercándole á su corazon, venerándole con el afecto mas puro, honrándole con los suspiros mas tiernos, y sin poder separarse de aquel amable objeto de sus amores! Señora, no mas, dirían Josef y Nicodémus; madre mia, diría san Juan, maestra mia, clamaria la Magdalena, basta ya, Señora, tanto llorar. Ponéd término á vuestras lágrimas; bastante habéis llorado para demostracion de vuestro amor y desahogo de vuestra pena: hacéos violencia, ó dulcísima Madre de nuestro crucificado Redentor, porque no lleguéis al término de vuestra vida con la fuerza de tanta pena

(1) *Ecce videntes clamabunt foris, angeli pacis amare flebunt.* Isai. c. 33. v. 7.

y dolor. Si la muerte de vuestro Hijo, y nuestro santísimo y sapientísimo maestro, nunca puede llorarse bastantemente, consoláos siquiera con que ninguna otra criatura ha llorado mas amargamente, ni mas virtuosamente que vos; y si no habéis ya muerto de dolor, al veros sola sin vuestro Hijo amado, contádo por un milagro estupendo de la divina Providencia. Nuestros corazones se parten de dolor á la presencia del cadáver de nuestro divino Maestro y de vuestra dolorosísima soledad: no nos obliguéis, Señora, muriendo finalmente vos á la violencia de vuestros sentimientos, á hacer dos entierros en un sepulcro mismo. Pero ay! ¡qué desgracia tan apetecida de la Virgen, haber muerto en aquel abrazo afectuosísimo de su Hijo! ¡Oh, con cuántas ansias deseaba ser enterrada con su Jesus! Ninguna otra mansion de la tierra le era mas apetecible que aquel sepulcro, si por entónces funesto y lóbrego, despues feliz y eternamente glorioso. Consideraria la Virgen madre una superabundante recompensa de todas sus amarguras, si la muerte hubiera dado á su vida un golpe tan apetecido y tan oportuno, que le proporcionase el ser enterrada en el sepulcro mismo de Jesucristo su Hijo. Y si esta gracia en el conocimiento que tenia María santísima de los sucesos futuros de la santa Iglesia, para cuya defensa y propágacion la conservaba el Omnipotente, era de difícil concesion, ¿cuánto hubiera deseado el que ella misma sirviera de sepulcro en aquella ocasion, para que por un círculo dichoso reposase difunto el cuerpo de su hijo Jesus en el mismo tálamo virginal de su madre, donde habia sido concebido? Pero ya que la Virgen madre no consiguió ser enterrada con Jesus, ni ser el sepulcro de Jesus, enterró á lo ménos con Jesus su alma, su corazon y todos sus amores, como dicen san Fulgencio y san Gerónimo: *In tumulo sepelivit amores suos.*

Ya no convenia diferir mas el entierro del autor de nuestra salud, y por tanto, volviendo á cubrir el rostro con el sudario, acompañando el movimiento de la grande piedra que cerraba el sepulcro, con nuevos gemidos y nuevas lágrimas de toda aquella dolorida comitiva, quedó enterrado, cerrado y sellado el sacrosanto cuerpo de nuestro salvador Jesus. Levantó entónces la Virgen mas altos los suspiros, fueron mas abundantes y mas amargas sus lágrimas, mas tiernos y expresivos sus sentimientos, abrazaba la piedra con el afecto mas sensible, le daba

mil dolorosos ósculos, le hablaba con suavísimas palabras, y al parecer pretendia dar sepultura en su corazon al venerable sepulcro del Redentor. La dura piedra dió señales de enternecerse, y como si no quisiese perder la ocasion de poder testificar el intensísimo dolor de la dulce madre, conserva hoi dia, dice san Bernardo (1), las señales de sus lágrimas: *Ejus lacrymæ apparere dicuntur in monumento, indicative doloris intimi.*

¡Ó afligidísima Señora, estóy firmemente persuadido á que así como esta fué vuestra última soledad, quedando sin el cuerpo y sin el alma de vuestro amado, así tambien fué esta la mayor pena que traspasó vuestro purísimo corazon! Ay de mí! ¡que sola la memoria de la soledad en que quedáis, me llena el espíritu de funestas imágenes, y deja caer sobre mi corazon una oscurísima noche! ¿Qué haciais, Señora, en qué os ocupabais, ó dulcísima madre nuestra, cuando volviendo á vuestra casa os visteis sola en ella? ¡Ó carísimos oyentes, qué pensamiento tan natural, pero qué melancólico, qué doloroso, qué triste! Aquí, diria la Virgen, aquí está el aposento en que mi unigénito Hijo oraba á su eterno Padre: aquí pedia por la conversion de los pecadores y la santificacion de los justos: aquí derramaba amorosas lágrimas por la redencion del mundo todo: aquí meditaba aquella grande obra, que despues habia de consumir en el Calvario: aquí se fraguó la destruccion de la ciega gentilidad, la dispersion de la ingrata sinagoga, y el establecimiento de la suave y santa ley de gracia: aquí dispuso el terror del infierno, la muerte del pecado, el triunfo de la muerte, la abertura de las puertas del cielo, el remedio de los hombres, la alegría de los ángeles y la mayor gloria de Dios: aquí se establecieron y ordenaron en la divina mente de mi Hijo tan magníficos sacramentos: aquí mismo, este propio sitio está bañado con las lágrimas de aquellos amables ojos. Pero ay! ellos no existen sobre la tierra. Veo aquí sus lágrimas, mas no los ojos que las lloraron con una caridad infinita.

Este otro aposento, continuaria lamentándose la Virgen, es donde trabajaba mi Hijo con mi santo y casto esposo José, para dar ejemplo á los hombres de toda virtud. Aquí trabajaban aquellas manos que criaron los cielos y la tierra. Pero ay de

(1) *Bernard. de lament. Virgin.*

mí! ya se me ausentó aquel dulce objeto de mi amor; y el taller es para mí un recuerdo triste de mi amarga soledad. Esta es la tarima en que como hombre verdadero descansaba; esta la mesa en que se alimentaba con las viandas que esta su afligida madre le servía; estos los muebles de que usaba, cuando vivía entre los hombres; pero ahora... ahora ya mis ojos no le descubren; y mirando religiosamente todos los aposentos de su humilde casa, no dejaria en toda ella sitio alguno que no honrase con sus lágrimas, por haber sido consagrado con la presencia de su Hijo Jesus, Dios y hombre verdadero. Lleno su espíritu de tristes imágenes, y fecundos sus pensamientos de especies dolorosas, recorría con la imaginacion todos los lugares, donde su Hijo habia estado y padecido algun tormento, y veía en ellos toda la serie de su dolorosísima pasion. Repasaba en su entendimiento que las impías y sacrilegas intenciones de Júdas le vendian y entregaban á los judíos; cómo estos le prendian y ataban; cómo con repetidas contumelias le afligian; cómo abofeteaban y escupian en aquel hermoso y divino rostro, en que deseaban mirarse los ángeles; cómo le azotaban y coronaban de espinas con la crueldad mas furiosa é inaudita; cómo le hacian llevar hasta el Calvario la sacrosanta cruz en que le clavarón en el dia mas solemne, ante el concurso mas numeroso, en la corte misma, en el lugar de los ajusticiados, entre los lamentos de los que le lloraban, entre los oprobios de los que le escarnecian, entre los insultos de los envidiosos, entre las complacencias de los que le maldecian, y entre las irrisiones de los que le despreciaban. Esta innumerable multitud de oprobios, irrisiones, calumnias, desprecios, afrentas, clavos, cruz, lanza, penas, dolores y muerte, era toda la triste compañía de nuestra amable Reina en su amarguísima soledad. Sola quedó cuando espiró su Hijo en la cruz; pero tenia el consuelo, aunque débil, de mirar su cuerpo, ya que le faltaba su alma. Sola quedó cuando le soltó de sus brazos, por haberse desprendido aún del cuerpo de su amado, para entregarlo al sepulcro; mas entretanto logró el alivio, aunque pequeño, de estrecharlo entre sus brazos y acercarlo á su corazón; pero ahora en esta tercera y última soledad, ni tenia el alma, ni poseía el cuerpo de su amado, y solo experimentaba en el espíritu tristezas inconsolables y afectos dolorosísimos: en su entendimiento ideas de afliccion, en su memoria recuerdos

penetrantes, en sus ojos objetos melancólicos, en sus oídos las contumelias é irrisiones, en su paladar la hiel y vinagre que ofrecieron á su Amado para apagarle la sed, en la cabeza las espinas, en los piés y manos los clavos, en los hombros la cruz y en el corazón la lanza. *Modo ludibria*, dice el devoto Padre san Bernardo, *modo crucis angaria, modo clavorum vulnera, modo mortem, mortem autem crucis, amaro corde opprobriosam Filii sui passionem revolvebat*. En suma, amado pueblo mio, María santísima Señora nuestra quedó en la mas triste, en la mas profunda y en la mas universal soledad que puede imaginarse, por haber quedado sola en la muerte de su Hijo, sola cuando le dejó de sus brazos, y sola cuando le depositó en el sepulcro. Sola sin el alma, sola sin el cuerpo, y sola sin el cuerpo y el alma de su amado Hijo Jesus, Dios y hombre verdadero: *Posuit me desolatam, tota die moerore confectam*.

Acabo de representaros del modo que he podido la triste soledad de María santísima. El asunto excede la capacidad humana. Se trata de un Dios verdadero, eterno, infinito, inmenso, omnipotente, que hecho hombre por amor del hombre, padece la muerte mas cruel é ignominiosa por la redencion de todo el linaje humano; y se trata de su purísima Virgen madre, llena de todas las gracias, de todas las virtudes y de todos los dones del Espíritu santo, que se compadece y siente de un modo, solo comprendido de su grande alma, la muerte de su Hijo amado. No extrañéis que haya llenado tan débilmente vuestras esperanzas y mis deseos en la explicacion de unos misterios tan superiores al entendimiento de los hombres, y aún á la comprension de los mismos ángeles. Sin embargo lo poco y mal dispuesto que he dicho, es mas que suficiente, si tenéis fe, para mover vuestro corazón á la detestacion de los vicios, al amor de las virtudes, al agradecimiento de las misericordias de Jesus, y á la mas tierna y sólida devoción á María santísima su madre. Nada mas útil, nada mas importante y necesario para vosotros y para mí que la verificacion de este santo pensamiento. ¡Qué feliz seria yo, si pudiese llegar á los piés de la Virgen con la conquista de algunas almas, que hasta ahora se habian resistido á las eternas y pavorosas verdades que desde esta cátedra del Espíritu santo les han anunciado en esta cuaresma! ¡Qué afortunados seriais vosotros, si yo pudiera con verdad decir á esta triste madre: este cristiano, Se-

ñora, era un hombre impuro, que con sus liviandades azotaba las carnes inmaculadas de Jesús; este otro era un soberbio que con sus atrevidos pensamientos le coronaba de espinas; aquel era un rencoroso, que negando el perdón á su enemigo, aumentaba el enorme peso de su cruz; el otro era un avaro, que ocultando codiciosamente sus bienes á la presencia de las urgentes necesidades de los pobres, le clavaba en la santa cruz; este era un injusto que perjudicando gravemente á su prójimo, pasaba el pecho de vuestro Hijo con la lanza de su pecado. Pero ahora, Señora, todos arrojan las armas, todos se rinden y todos piden misericordia á vuestro Hijo Jesucristo, condolidos de vuestra amarguísima soledad. Recibid, ó dulce Madre mía, todas estas almas: defendédlas con vuestro poder, asistídlas en la vida, acompañádlas en la muerte, y procurádlas con vuestra eficazísima intercesión el eterno descanso de la gloria, donde todos os veamos por los siglos de los siglos. Amen.

SERMON

DE LA SOLEDAD DE MARÍA SANTÍSIMA.

PARA EL VIÉRNES SANTO.

(DE GONZÁLEZ.)

Idcirco ego plorans... quia longe factus est à me consolator convertens animam meam: facti sunt filii mei perditii, quoniam invaluit inimicus.

Por eso yo estoy llorando... porque se ha alejado de mí el consolador que convierte mi alma: mis hijos se han perdido, porque prevaleció el enemigo.

Jerem. Lament. c. 1. v. 16.

No tengo necesidad, cristianos, de explicar los motivos que han hecho convertir en un triste luto las preciosas galas de la Iglesia: vosotros sabéis muy bien que la Madre del Eterno, del Omnipotente, del Unigénito de Dios, la causa de nuestro júbilo, como la llama la Iglesia, el apoyo mas firme de nuestro consuelo y de nuestra confianza, María vestida de luto, oprimida de dolor, desfigurado su rostro, sumergida en un profundo abatimiento, lánguidos sus ojos, é inhumanamente atravesado su corazón al recuerdo de lo que ha perdido en su amado Hijo; María constituida en la mas cruel y terrible angustia, considerando al Salvador del mundo afrentosamente muerto y trasladado al sepulcro, es el objeto que hace cambiar en demostraciones de dolor y de consternación los festivos cánticos de las solemnidades religiosas.

Y á la verdad ¡qué situación tan amarga para la mas delicada de las vírgenes, para la mas tierna y amante de las madres! Paremos, cristianos, la consideración en esta circunstancia, la mas crítica de la vida de esta Señora, y tratemos de acompañarla y